

Donatella Di Pietrantonio

Mi madre es un río

Traducción de Montse Triviño



Duomo ediciones

Barcelona, 2023

*A Tommaso y Giacomo,
mis dos amores distintos*

Algunos días, la enfermedad se come también los sentimientos. Es un cuerpo apático, que emana la ausencia que lo vacía. Ha perdido la capacidad de sentir. Y entonces no sufre, no vive.

Las visitas de control me resultan útiles a mí. Me tranquilizan, no he sido yo quien la ha hecho enfermar y la evolución es lenta. Conserva algunas capacidades, al menos en parte. La acompaño, me ocupo de ella, soy una buena hija.

A estas horas, el paseo marítimo está desierto; me llega el sonido oscuro de las olas y del agua de la resaca, que tritura la arena y las conchas. He aparcado lejos para que podamos pasear juntas un rato. Mi madre camina apartada de mí, pero ha aminorado el paso. La cojo del brazo, la manga de su chaqueta huele al Adriático. En la otra orilla, Fioravante, prisionero, sufría el hambre de una patata hervida al día.

Se relaja, combinamos el paso. Le pregunto si le gusta el olor del mar. Dice que sí, más o menos, pero que ella nació en la montaña y prefiere el perfume de

la hierba y de las flores, que nunca se ha tumbado en una playa. Pues te habría ido bien para los huesos, observo. Se ríe, ahora ya es tarde, jamás se pondría un traje de baño.

Las luces de los restaurantes nos hacen guiños desde el otro lado de la calle. Le propongo un final sorpresa: vamos a comer pescado en algún sitio. No, mejor que no, nos esperan para cenar. Otro día, prometido.

Te llamas Esperia Viola, pero te llaman Esperina.

Como una viola, o violeta, naciste el 25 de marzo de 1942, en una casa situada en la frontera entre los pequeños municipios de Colledara y Tossicia. Era la última vivienda antes de los montes, una piedrecita que había rodado accidentalmente desde el flanco oriental de los montes Abruzos.

Pertenecía a tus abuelos paternos y allí se criaron las familias de sus dos hijos varones.

Fioravante, el mayor, era bajo, de pecho ancho y plano, brazos fuertes y piernas ligeramente arqueadas. Mira las fotos. Un cuerpo macizo, hecho para trabajar la tierra. O tal vez fuera la tierra la que lo hizo así, pues la trabajó desde niño. ¿Tú qué crees?

Era inteligente y apasionado; mira, aquí se le ven los ojos de un negro intenso. De joven tenía la risa fácil. Siempre hablaba de cuando había apuñalado a un vecino ladrón por robarle dos vaquillas gordas de los pas-

tos de verano. Luego, Fioravante se echó al monte durante meses con la esperanza de que aquel hombre no la palmase. Bajaba del bosque cuando ya era noche cerrada; entonces recogía el pan y el queso envueltos en el paño de cocina blanco con una raya azul que su madre dejaba sobre la mesa antes de acostarse. Aspiraba los olores de su hogar y entreabría un instante la puerta de la habitación para asegurarse de que había dos figuras dormidas en una oscuridad que la ventana estrellada volvía imperfecta. Y luego otra vez al monte, con la compañía del mulo, por senderos seguros que solo él conocía.

Fioravante era un hombre impetuoso.

Tú eres hija de su primer permiso militar como soldado, cuando la guerra. Volvió tres veces. Se casó en octubre con Serafina, y en febrero partió al frente. Una vaquilla hermosa, decía de ella para hacerle un cumplido. Alta, esbelta y de carnes firmes, siempre adoptaba una postura recta y elegante, pese a tener que ocuparse de las tareas del campo, de los animales y de la casa. Y, luego, de las niñas. De pequeña había aprendido a llevar sobre la cabeza una canasta con la comida para los parientes que labraban la tierra o segaban lejos de casa. Se desafiaba a sí misma a caminar por el terreno escarpado manteniendo el cesto en equilibrio sin la ayuda de las manos. Con el tiempo, tú también lo hiciste. Y tus hermanas. De vez en cuando teníais un

accidente, y entonces os metáis en un buen lío. Serafina contaba que una vez había tropezado y todos los macarrones se le habían caído en la hierba. Los había vuelto a meter en el cesto, sin decir una palabra, y nadie se había dado cuenta.

Solo se encorvó de vieja, pero fue de repente y muchos grados, como si tanto peso en el pasado la hubiera derribado desde la distancia. Se avergonzaba dolorosamente y creo que murió de eso. Sí, claro, no solo de eso. De un conjunto de cosas. Pero encorvarse hirió sustancialmente aquella dignidad suya, siempre tan reservada y protegida y que se reflejaba en su porte.

¿Quieres saber por qué me río? Porque tu madre caminaba como una modelo, pero si tenía que mear en el campo se subía la falda hasta los muslos, se apartaba las bragas a un lado, abría las piernas y andando. De pie, como una yegua. La vi, de verdad que la vi. Ya sé que luego dejó de hacerlo, pero yo la conocí de joven. Con el tiempo lo entendió.

Tras encontrar al reservista Fioravante en su lugar secreto y enviarlo a la guerra, Italia les garantizaba a él y a Serafina, casi analfabetos, un servicio de correo eficaz. Ella le escribió para decirle que se encontraba bien y que estaba embarazada de una Scialomè, el apodo de la familia de Fioravante. El apellido real no contaba, ese solo servía para los documentos.

Serafina jamás se equivocó a la hora de vaticinar el sexo de sus hijas. Las intuía. Y también intuyó aquel primer feto masculino: lloró todo el tiempo, porque sabía que lo iba a perder. Su útero era una maldición para los niños. Los acogía, pero no los alimentaba mucho tiempo; los dejaba morir dentro cuando ya tenían facciones de bebé. Abortó otro crío después de la tercera niña, y otro después de la sexta. Así eran sus embarazos, simétricos.

Es un milagro que no se quedara en el sitio una de aquellas veces. Empezaba a sangrar, tenía dolores de parto, y luego las contracciones expulsaban el cuerpecito sin vida de aquel vientre que no era para él. Serafina dejaba de hablar y de comer durante varios días: solo bebía agua e infusiones de malva para compensar las lágrimas. Luego se levantaba y empezaba de nuevo a trabajar, es decir, a vivir.

Al recibir la carta de su mujer, el Fioravante soldado respondió con otra en la que solo figuraba tu nombre. Ella se echó a reír y aceptó. Esperia era la carbonera de cabellera gitana que años atrás había venido a quemar leña con sus hermanos, la hermosa joven que encandilaba el bosque de tu abuelo con su voz de sirena silvestre. Todo el que la escuchaba quedaba prendado de ella, incluido Fioravante. Con el nombre evocó en su hija toda aquella belleza, y tú siempre has cantado

y silbado muy bien, es algo que siempre te ha hecho compañía en la vida.

Ante un público formado por tus hermanas, interpretabas algunas canciones como *Vola vola* y *Tutte le funtanelle se so' seccate*. Solo recuerdas algunas estrofas de *Vola vola*. No, no es porque no tengas memoria, es que la otra no te entusiasmaba, era demasiado triste para tu gusto. Si quieres, busco la letra. Podríamos formar un dúo, aunque yo no canto tan bien como tú.

La segunda revolución de tu vida fue la radio. De la primera ya te hablaré otro día.

Llegó cuando tenías dieciséis o diecisiete años, porque sí. Fioravante era un humilde pastor y campesino de los Subapeninos, pero sentía una gran curiosidad por el Progreso. Siempre hablaba de él con mayúscula.

Vendisteis unos cuantos animales y la compró; primero una de pilas y luego una radio-tocadiscos grande, de color marrón y amarillo, con los diales delante; en la parte de arriba tenía un plato para discos de treinta y tres revoluciones protegido por una tapa. El mundo irrumpía en casa. Ya era vuestra casa, no la que compartíais con abuelos, tíos y primas, todos amontonados. Vuestra casa, a dos kilómetros. La radio la llenó de silbidos y zumbidos, de rudas voces eslavas y austriacas. Era difícil sintonizar las emisoras italianas, teníais que girar casi imperceptiblemente los diales hasta encontrarlas, y cuando queríais volver a escucharlas,

ya no estaban allí. Captabais cantantes y letras que enseguida te aprendías de memoria y entonabas alegremente. ¿Recuerdas algún nombre? Hoy sí. Luciano Tajoli, Nilla Pizzi, y luego Claudio Villa, Domenico Modugno. Te encantaba el Festival de San Remo, te pasabas el resto del año cantando las canciones. También comprabas discos de trágicas historias de amor, prohibidas hasta la muerte. Los intérpretes resultaban patéticos al son del organillo. Te he oído cantar *Peppino e Rosetta* hasta el agotamiento. Ya sé que te gusta, de vez en cuando aún lo intentas en voz baja, no me digas que no.

Acompáñame al huerto, va. Sí, es época de tomates, estamos en agosto. Cogemos dos cajas, una para los maduros y otra para los verdes. Avanzamos por filas, tú empieza por la primera y yo por la última. Tú llena la caja amarilla de tomates para ensalada, y yo la azul de tomates para hacer salsa. A mitad de camino nos encontramos y nos saludamos. No, así no te gusta. Así pues, juntas: tú coges los verdes y yo, los rojos. De esta forma, estamos cerca y podemos charlar. No pasa nada si se mezclan un poco, luego podemos separarlos, en la cocina. Sí, ya me has dicho que a Grazietta se le ha secado el huerto. Antes. No pasa nada.